

F1233
.535
1904-06
V. 2

8970

MIGUEL GALINDO Y GALINDO
LA
GRAN DÉCADA NACIONAL

DE LA GUERRA DE REFORMA INTERVENCIÓN EXTRANJERA Y GOBIERNO
ARCHIDUQUE MAXIMILIANO

El autor de esta obra se propone dar a conocer los hechos que rodearon a la guerra de reforma y a la intervención extranjera en México, y a la vez exponer las causas que produjeron estos hechos y las consecuencias que de ellos resultaron.

TOMO II



MEXICO



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

30-Mayo-08
Ofc de la Univ

CAPITULO I.

Triunfo del partido liberal en 1860.—Su importancia y trascendencia.—Opinión del ilustrado publicista Zarco.—Obsesión del partido conservador.—Notable contraste con el liberal.—Europa y América.—Consideraciones generales.—Tentativas de Intervención extranjera contra México.—Manejos reprobados de mexicanos indignos.—Gutiérrez Estrada.—Don José Hidalgo.—Almonte.—El general Parede.—Alamán.—Zuloaga.—Miramón.—El Conde de Aranda y su famoso dictamen acerca del dominio español en América.—Santa-Anna solicita la Intervención extranjera en 1854, siendo Presidente de la República.—Documentos que lo comprueban.—Volubilidad de su carácter.—En 1866 ofrece sus servicios a la República por conducto del Ministro Romero, lanzando antes un Manifiesto.—Digna refutación de ese cínico documento por el Club mexicano de Nueva York.—El Padre Miranda invita a Márquez para traicionar a la patria.—Aceptación de éste.

La victoria completa obtenida por el ejército liberal sobre las huestes reaccionarias, el 22 de Diciembre de 1860, en las lomas de San Miguel Calpulalpan, dió término al Poder tacubayista, y con ello, á la horrorosa contienda conocida en nuestra historia con el significativo nombre de "Guerra de Reforma."

México acababa de salir de una tremenda lucha fratricida; y en los momentos en que el supremo Gobierno constitucional, ávido de paz y bienestar, reocupaba la Capital de la República el 11 de Enero de 1861, y se preparaba solícito y entusiasta á restañar por medio de una política de reconciliación y olvido las heridas que la Nación había recibido en la brega, vino á interponerse y á hacer ilusorios tan laudables propósitos, la liga tenebrosa, concertada en Europa éntre tres naciones poderosas, para inmiscuirse en los asuntos de nuestra patria, acordando una Intervención armada que die-

ra término á la forma de Gobierno que la regía, y sustituyéndola con un Imperio ridículo, rechazado y combatido por la mayoría de la Nación.

“Y el triunfo acabado de obtener, decía el Sr. Zarco, no es la victoria de un hombre que quede dueño de nuestros destinos, no es tampoco la victoria de esos partidos raquíuticos que sueñan con transacciones que los perpetúen en el mando. Ha triunfado, continuaba, la idea, la idea innovadora que brotó en México desde 1810, la idea que luchó entonces contra la España y la Inquisición, la idea siempre reprimida, siempre ahogada, siempre martirizada desde el Plan de Iguala hasta el Acta de reformas de 1847, y que al fin encontró cabida en la Constitución que ha servido de bandera al partido progresista, y desarrollo en las leyes de Reforma expedidas en Veracruz.”

“Constitución y Reforma es, pues, el lema que constituye las creencias políticas del partido progresista, del partido triunfante, no sólo en los campos de batalla, sino también en el terreno de la opinión. Las semillas arrojadas á la inteligencia del pueblo, hace medio siglo, no cayeron sobre abrojos, sino que han fructificado de una manera lozana y vigorosa. La obra ha sido lenta, pero se ha consumado; muchos obreros quedaron cansados, aniquilados, y recibieron acaso el vilipendio por premio de sus afanes; pero al fin, las palabras que desde 1824 hasta 1857 proclamaron la libertad de conciencia, la igualdad ante la ley, la secularización de la sociedad, han dado su fruto; y las teorías de Rocafuerte, del Pensador, del Dr. Mora y de otros muchos, son ya una verdad práctica, un hecho consumado, que ni las preocupaciones, ni el fanatismo podrán destruir.”

Recientes los acontecimientos políticos de que hemos dado cuenta en el tomo que antecede, el partido de la Iglesia no se dió por satisfecho de su derrota: alimentando en su seno pasiones inveteradas y odios inextinguibles hacia las nuevas ideas de Progreso y Reforma que traía escritas en su bandera el *movimiento* triunfante, una fracción de ese partido continuó con las armas su tarea devastadora, y la otra, la más considerable por su número y calidad, se refugió en los templos, en los conciliábulos de las sacristías, en la llamada cátedra del “Espíritu Santo,” y hasta en las Cortes europeas, según vere-

mos después, para proseguir la labor de una *Obra abominable de lesa nacionalidad*, iniciada, sostenida y propagada desde antaño por esa facción retrógrada, partidaria del *statu quo*, y enemiga acérrima de cuanto implique cultura y adelantamiento.

Sin un plan fijo; sin programa á que sujetar sus procedimientos; sin objeto adonde dirigirse; sin ideales que perseguir, la facción tacubayista había edificado en el vacío; y su política, si ese nombre puede darse á un conjunto de disposiciones ilógicas y absurdas, emanación del desorden y la tiranía, y lo único que podía presentar como rasgos salientes de su pésima dominación, se resentía de esos defectos gravísimos, que unidos á los demás vicios de origen de que adolecía, hacían su existencia más que difícil, problemática é imposible.

Por parte del Gobierno constitucional sucedía lo contrario.

Con una ley escrita á que sujetarse; con opiniones y tendencias bien marcadas y definidas; con un programa amplio y perfectamente conocido, era imposible la vacilación y la duda; y esas circunstancias unidas á la energía, perseverancia y decisión del Sr. Juárez, hicieron que la administración liberal hubiera emprendido y observado una marcha uniforme y segura, secundada por hábiles y denodados caudillos que participaban de su fé y su patriotismo, y que acaudillando al pueblo, se presentaron en masas compactas y numerosas hasta obtener una espléndida victoria.

Esto explica el fenómeno de que abogados y médicos, y gente sin instrucción ni pericia en el arte de la guerra, hubieran humillado á los famosos corifeos reaccionarios, lanzándose á los campos de batalla siguiendo sólo las inspiraciones de su conciencia, en una lucha en que entraba como factor principal el elemento popular, “pues un obscuro hijo del pueblo fué el reservado por la fortuna para dar el golpe de gracia á la reacción conservadora.”

Pero antes de empezar á describir los acontecimientos de esa época memorable, juzgamos de necesidad absoluta dar algunas noticias que creemos de vital importancia para el perfecto conocimiento de los hechos, y entrar en una serie de consideraciones que se enlazan íntimamente con la cuestión principal, ó sea la de Intervención extranjera, de que vamos á ocuparnos en esta 2ª parte de nuestra Obra.

Las jóvenes naciones de América luchan y lucharán todavía para constituirse definitivamente, estableciendo autoridades que armonicen las aspiraciones públicas con los intereses nacionales, de manera sólida y permanente, que es lo que constituye en los países libres los gobiernos justos.

A México se le echaba en cara sus constantes agitaciones, y como consecuencia de ellas, su continuada guerra civil; pero á nuestra vez séanos permitido el preguntar, y las naciones europeas, tan ilustradas, tan maestras en la política, tan avanzadas en edad, ¿qué es lo que han hecho y qué es lo que continúan haciendo?

Vergüenza, más que pena, causa el decirlo.

Cuando no se entregan á los horrores de la guerra civil, despedazándose mutuamente, sus grandes movimientos guerreros en los que lucen y se ostentan á maravilla, el valor denodado y los terribles efectos de los poderosos medios de destrucción de que disponen, casi siempre se dirigen á imponer la ley al más débil, á derramar la sangre de los ciudadanos, violando las leyes de la equidad, de la moral y de la justicia, sembrando odios entre las naciones y retardando criminalmente el advenimiento de la paz y el orden, y con ello el reinado del amor y la benevolencia, del bien y de la fraternidad universal.

Al ménos en esos países vírgenes, donde el virus de la corrupción no ha derramado sus mefíticas emanaciones, en la América, repetimos, las luchas reconocen, al contrario, el deseo de conquistar un derecho, de aceptar un principio, de establecer ciertas bases de organización social, aspiraciones que en último análisis revelan la vitalidad de un pueblo, y su afán incesante por su progreso y adelantamiento.

“Las guerras civiles en los Estados latino-americanos, decía con mucho acierto un escritor distinguido,¹ si tienen algo de temibles, también tienen mucho de grande y de noble por más que se diga: tienden á alzar y consolidar en las regiones vírgenes de América el templo del Orden, de la Libertad y de la Justicia. Las guerras europeas, las guerras entre dos Estados ó entre muchos á la vez, son guerras movidas por la ambición; casi siempre tienen por objeto la codicia, y están animadas por el espíritu de dominación. Muy po-

¹ Folleto que dió á luz el Correo de Ultramar, el año 1862.

cas hay, si no del todo, hechas por el amor al derecho (puesto que el mantenimiento del equilibrio de fuerzas entra por mucho), al menos sin atentar contra el derecho: tales son la de Crimea y la gloriosa de 1859. Aquélla no tuvo sino un defecto: no resolvió nada; ésta se detuvo en mitad de su carrera, y lo que para hoy prueba que el mal se pudo evitar de raíz y se dejó subsistente.

“¡Y cuánto no podría escribirse sobre la manera de ser actual de la Europa!

“Ahí está la Polonia repartida entre tres potencias, á pesar de los principios y de los tratados; Cracovia absorbida; la Servia y el Montenegro independientes en el nombre y obligados á reconocer la soberanía de la Puerta, y aun á admitir guarniciones turcas en la capital de aquel Principado; la Moldavia y la Valaquia luchando contra la Inglaterra, la Turquía y el Austria, que no quieren que se fundan en un solo Estado: las islas Jónicas sufriendo un protectorado que ellas rechazan, y la Hungría y las cuestiones de los ducados daneses, etc., etc.

“Los Estados latino-americanos, á pesar de sus constantes luchas intestinas, hacen notables progresos; en la mayor parte de ellos se hallan reconocidos y garantizados todos los derechos individuales; en sus Códigos se hallan consignados los principios de libertad, de comercio y de tolerancia de cultos; el régimen municipal se encuentra bien organizado; la institución pública hace rápidos progresos; la literatura, la política, la historia, las ciencias, cuentan con ilustres representantes, muchos de los cuales son altamente apreciados en Europa, como Bello, Vargas, Baralt, Pardo y Aliga, Acosta, Mitre, Pacheco y Obes, Lastarria, Calvo, etc., etc.; el comercio casi duplica todos los años; los extranjeros son admitidos á gozar de los mismos derechos civiles que los nacionales, y con las mayores facilidades obtienen carta de naturalización; los ríos interiores, en la mayor parte de esos Estados, están abiertos á la libre navegación de todos los buques del mundo; las aduanas tienen el carácter de fiscales y no el de protectoras; las contribuciones, comparadas con las que se pagan en Europa, son muy reducidas; libres de todo impuesto se declaran los libros, diarios, establecimientos tipográficos, y cuanto puede contribuir á difundir las luces.”

Otro escritor notable decía á este respecto:

“El porvenir pertenece á la América. La civilización nacida en el Asia, cultivada en la Europa, tiende ya sus alas á esta parte del mundo, en que tendrá vivificador desarrollo. La libertad de cultos, la desaparición de la esclavitud, la igualdad humana, el reinado de la democracia, abrirán nueva senda á la inteligencia, al amor, á la perfectibilidad. Ya las conquistas de la revolución progresista anuncian, á guisa de heraldos de paz y de ventura, la muerte de la teocracia, la extinción de los privilegios, el derrumbamiento de los tronos, el advenimiento de una nueva sociedad.”

Tan hermosos conceptos, expresados de manera tan elocuente, hagan nuestro amor propio nacional, por el fondo de buena fe é inconcusa verdad que ellos encierran, pues desde hace mucho tiempo, se ha hecho como de moda increpar duramente á los pueblos de este Continente, calumniándolos de una manera torpe y criminal, y suscitándoles toda serie de dificultades á fin de enervarlos é impedir su marcha ascensional.

México es de ello una prueba concluyente.

Apenas salido de una tremenda lucha, en la que consumió sus recursos pecuniarios y sus fuerzas, y cuando trataba de restañar sus heridas, se desató sobre su territorio una horrible tempestad. Tres naciones poderosas, alegando fútiles pretextos, amenazan su libertad y autonomía; y mientras la pandilla reaccionaria, convencida de su impotencia para dominar, cadáver ya en política, solicitaba, pedía, proclamaba y se adhería á la Intervención dicha, como su última esperanza y única tabla de salvación en la deshecha borrasca en que ha zozobrado, el partido de los libres, poderoso, entusiasta, amigo de la Independencia, apóstol de la Reforma y representante nato de lo por venir, protestaba contra toda dominación extraña, la combatía por la prensa y la diplomacia, la atacaba en los campos de batalla y la derrotaba al fin, haciéndole una guerra de cuantas maneras le era posible.

Arteramente se quiso explotar la conseja de que los mexicanos y sus autoridades, legítimamente constituídas, eran enemigos de todo elemento extranjero, especialmente del español, á cuyos hijos residentes en el país, *dizque* se les hacía objeto de la saña y del encono, de persecuciones inmotivadas y de atentados injustificables.

Es cierto que en el país existía alguna prevención en contra de

los individuos pertenecientes á la nacionalidad expresada, por abrigarse la creencia de que nuestra antigua dominadora aspiraba á la reconquista de nuestro territorio; pero cuando esas dudas, ó más bien suposiciones, quedaron disipadas merced al hidalgo comportamiento del Marqués de los Castillejos, del ilustre general Prim, manejo que México nunca olvidará, la cuestión quedó zanjada, restableciéndose la buena armonía entre dos pueblos de un mismo origen, ligados por tantos vínculos, y cuyas relaciones amistosas y cordiales adquieren cada día más consistencia, y las condiciones de una duradera, plausible y robusta solidez.

También contribuyó á esa tirantez de relaciones y á exacerbar los ánimos, la participación de algunos malos españoles en nuestras guerras intestinas, distinguiéndose en ellas por su carácter feroz y sanguinario, y por cierta tendencia despreciativa hacia nuestros grandes hombres, y al modo de ser social y político de la nación.

Triunfante, como llevamos referido, el partido demócrata, su antagonista prosiguió la lucha, salvando las fronteras y buscando la *satisfacción de sus agravios* y el triunfo de sus preocupaciones y añejas ideas, en el auxilio, ó más bien, oprobiosa protección que rendidamente impetró de las principales testas coronadas de Europa.

Desde hacía tiempo, algunos malos mexicanos, entre los que figuran de manera execrable y tristemente célebre, Gutiérrez Estrada, Almonte, Don José Hidalgo, Paredes, Alamán, Santa-Anna, Zuloaga, Miramón, el padre Miranda y Don Leonardo Márquez, intrigaban cerca de algunas Cortes europeas para que éstas intervinieran en el modo de ser político de nuestra patria, como Nación libre, soberana é independiente.

A este respecto, vamos á extractar lo que dice D. José Hidalgo en sus Memorias, que juzgamos de interés por los importantes datos que contienen, referentes á uno de los puntos esenciales de la historia de la Intervención.

Según los conservadores, los males de México y los de toda la América española reconocían por origen, el ningún caso que se hizo durante el reinado de Carlos III del dictamen del sabio Conde de Aranda, quien, en una Memoria, notable por más de un título y presentada á dicho Monarca, en 1783, le decía:

.....“V. M. debe deshacerse de todas sus posesiones en el Con-